

DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 90

Salamanca 15 de Julio de 1913

Año VIII

DE MI VIDA

IMPRESIONES

DESDE muy lejos, muy lejos, desde las lejanas tierras de Andalucía, han encontrado su camino para llegar hasta mí dos libritos que me han hecho mucho provecho. El uno se titula *Cada maestrillo...*, el otro *Cosas de niños*. Su autor, D. Manuel Siurot, y yo, somos amigos sin habernos visto en la vida. Hay un lazo espiritual que nos une: «la simpatía de los grandes ideales, el amor a los niños». Ni él ni yo somos *oficialmente* maestros, y ni él ni yo—él lo confiesa en letras de molde, y yo hago ahora la misma confesión—hemos leído en la vida libros sabios de Pedagogía a lo Tönster; pero una fuerza interior nos lleva a dedicarnos a la educación de la juventud. Los campos en que laboramos son diferentes. ¡Ojalá hubiera en España los medios de educación y la or-



ganización escolar que tenemos aquí! Pero en lo esencial, en el modo de comprender y tratar el alma del niño, «los maestrillos...» se parecen.

Muchas de las observaciones del Sr. Siurot coinciden con las mías. «Los niños mejores son aquellos a quienes no se ha pegado nunca». Los antiguos Dómines han desaparecido felizmente; pero es preciso que desaparezcan también sus procedimientos educativos. Hay que adaptarse cariñosamente a la psicología de los niños y sacar partido hasta de sus juegos.

Hace pocos días entraba yo en uno de los colegios donde están los alumnos más jóvenes. Llevaba un paquete de sellos usados.—«Madre—dije a la Superiora—habrá usted notado que los sellos están ahora a la orden del día».—Cierto, cierto—me respondió.—Luego vendrán las cometas, la pelota, las bolas. No soy muy partidaria de «los juegos de bolas»; despiertan sentimientos de codicia y el amor al juego. Con qué delicadeza nos describe el Sr. Siurot aquello de «esta bola es mía».

Por otra parte, son muy agradables esos juguetes, que están, por su baratura, al alcance de los niños pobres. Y a las veces, o casi siempre, los juguetes baratos son más bonitos, y en todo caso divierten más que los caros.

A mí se me van todavía los ojos detrás de las bolitas de cristal con rayas de colores por dentro. Los mismos chicos han llegado a comprenderlo. En cierta ocasión me regalaron una docena de las bolitas que usan para jugar a las mecas. Las acepté encantada. En esos momentos recuerdo a García del Castañar: «mi vida y mi hacienda al Rey», y pienso: «cultivemos esos sentimientos».

Conservo todos los regalitos que me hacen los chicos. Tienen más valor que las alhajas que se reciben por una fecha o un compromiso.

—Alteza, ¿es verdad que usted es la tía del Rey?—me preguntaba hace pocos días uno de los chicos que acaban de llegar, mirándome con curiosidad.—Sí, hombre; es verdad.—«Qué raro»—exclamó—y se quedó un gran rato mirándome con la boca abierta. ¿Qué es lo que se había figurado, o qué es lo que había oído, para recibir con tal asombro la noticia? La cosa merecía que yo le dedicara un capítulo aparte. Ya le tocará su turno.

Si me encontráis pesada con mis cuentos, echarle la culpa al señor Siurot; sus libros me han enseñado que se puede estar leyendo con fruición horas enteras *Cosas de niños*.

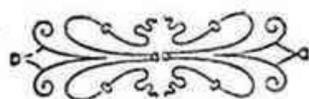
Cosas de niños y de jóvenes, que los jóvenes son también espe-

ranza de la patria. En mi Pedagogium tengo yo niños y jóvenes. Hace cuatro años que empecé a poner en práctica mi proyecto, y aquellos niños asustadizos, de grandes ojos negros, de ojos españoles, que se abrían para mirar asombrados estas cosas, tan nuevas para ellos, y que otras veces vertían lágrimas de nostalgia al recordar los peñascales de sus sierras, aquellas montañas imponentes y salvajes que rodean los fértiles valles de las Batuecas... han ido creciendo, creciendo; han vencido en la escuela, donde se aprenden los rudimentos de la cultura; han asombrado a los pedagogos alemanes, presentando delante de sus ojos el alma española tal y como es, despabilada, vigorosa; son ya unos hombrecitos sumisos, valientes, dispuestos a seguir en las escuelas de cultura profesional la obra con tanto éxito iniciada en las escuelas primarias.

Domingo, el mayor de los alumnos del Pedagogium, ingresará ya en Septiembre en la Escuela del Magisterio de Munich. El primer paso es de muchísima importancia en todo, y de él depende en gran parte el éxito de las empresas. Por fortuna, Domingo Sánchez sabe que es España la que va a entrar con él en esta famosa escuela, y está dispuesto a dar ese primer paso en firme. Y lo dará. Fuerzas y entusiasmos no le faltan. Me lo demostró últimamente en la salutación que me tuvo el día de su cumpleaños: «¿Cómo podemos pagar a V. A.—me decía—lo que hace por nosotros?» Trabajando y honrando y sirviendo a España.

Yo, por mi parte, procuro quitar las chinitas del camino que han de recorrer. En Baviera podrán los alumnos del Pedagogium cursar oficialmente la carrera de maestros normales. D. Gonzalo, en largas conferencias con el ministro de Instrucción pública y el director de la Normal, han atado bien, para ahora y para el porvenir, todos los cabos. No era cosa tan fácil; pero el entusiasmo y la fe obran milagros. Y este D. Gonzalo es hombre de fe, ama a su patria y tiene mucho corazón para los niños. ¡Dios se lo pague!

PAZ.





DE NÚMERO A NÚMERO

MIRANDO A ESPAÑA

NUESTRAS ARMAS



SIGUE implacable la guerra en Marruecos y continúan nuestros soldados derrochando heroísmo y haciéndose superiores a las asechanzas de un enemigo astuto y valeroso y a las inclemencias de un clima tan ingrato como el de Africa.

Bien merecen sus sacrificios que España entera siga con amor y ansiedad las operaciones de la campaña y que en todos los hogares de esta católica tierra se alcen oraciones para impetrar del Altísimo la victoria de nuestro ejército y con ella el triunfo de la cruz, que es el de la civilización y cultura.

Una vez más plantea la prensa católica problema que tanto interesa a la religión y tal importancia entraña para el porvenir de la Patria como el relacionado con la creación en España de un gran rotativo católico.

Ninguna idea sería más fructífera traducida en realidad, pues nada hay más necesario que hacer que la verdad llegue al pueblo sin adulteraciones ni afeites. A la ola arrolladora de la mala prensa, que hoy por hoy domina y dirige al noble pueblo español halagando sus pasiones y fomentando sus debilidades, hay que oponer el dique de la prensa buena que se oponga a tanta falsedad y ense-

ñe al pueblo el engaño en que lo tienen los que de tal situación hacen escabel de sus ambiciones.

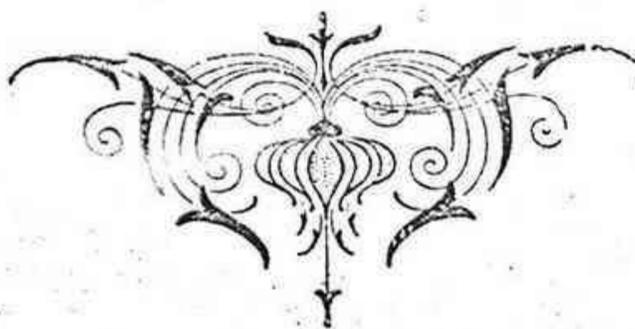
Un rotativo católico es de absoluta necesidad en España y para su fundación no deben regatear sacrificios los que de católicos se precien.

Los momentos son críticos y a las armas de la impiedad hay que oponer las de la religión.

Siendo los más y los mejores; contando con periodistas eximios y con medios para fundar un gran periódico, es debilidad vergonzosa consentir que España carezca de medio tan enorme de difundir las buenas ideas.

Y cuantos sacrificios se hagan para lograr esto, podrán darse por bien empleados.

F. de LAZCANO.





LA INFANTA TERESIANA

(POEMA)

(Continuación)

CANTO SEGUNDO.

DE MADRID A MUNICH

Corre nuevo mensajero
De la ciencia que se ensancha,
Corre veloz y atraviesa
Las llanuras castellanas,
Las poéticas campiñas
Y las vegas solitarias,
Y los rústicos poblados
Y pastoriles cabañas.

Corre por las carreteras
Con los nubarrones que alzas,
Del blanco polvo que envuelve
Tu carroza viselada,
Con el taf, taf, que resuena
Como guerreresca marcha,
Mientras grupos de chiquillos
Y de gentes aldeanas,
Curiosos miran tu paso
Que casi al viento se iguala.

Atraviesa las campiñas,
Las campiñas de mi patria,
Puentes y bellos paisajes,
Adornados por el alba,
Con sus tintes seductores
Con matizos de naranja,
Cuando el astro de los cielos
Traspasa el horizonte.

Con su roja cabellera
Egregio su luz levanta.

Corre veloz por los llanos
De la tierra castellana,
Que llevas dentro del seno
De tu carroza gallarda,
A una donosa señora
Infanta de las Españas.

.....
.....

Y así corriendo y dejando
Valles, aldeas, montañas,
Ríos, arroyos, vertientes,
Y los bellos panoramas
Que matizan las auroras
Con sus rayos que refactan,
Montón de piedras preciosas
En las agrestes montañas.

Así corriendo llegastes
A tierra zaragozana,
Porque quiere en su cariño
De patriota y de cristiana,
Que un ángel que el cielo dió
A los timbres de su casa,
Pueda venerar la imagen

Que entre tradiciones guarda,
La epopeya más gloriosa
De nuestra indomable patria.

Imagen santa y bendita
Que a orillas del Ebro se alza;
Besando el Pilar Augusto
Los espejos de sus aguas;
Aguas que corren tranquilas,
Linfas que claras refractan
La hermosura de los cielos
Con nubes de plata y nácar,
Las siete torres del templo
Que airoso su cruz levantan;
Aguas que corrieron rojas
En época legendaria,
Cuando la sublime Virgen
Que aquel santuario guarda,
Fué del pueblo aragonés
Su animosa capitana,
Que recogió el juramento
De aquella gente matraca,
Para vencer al francés
Para libertar a España;
Que jamás puede servir
A otro Rey, a otro monarca,
Que manos extrañas pongan
Si no le quiere patria.

Virgen bendita que fué
El aliento en la batalla,
La que animó a Palafox,
La que Agustina hizo brava,
La que inspiró los cantares
Que acompañó en su guitarra
El heroico tío Jorge
Mientras llovían granadas,
La que a la invicta Buseta
Dióle tal brío y tal saña,
Que el viejo fusil que tuvo
Jamás en un tiro erraba.
La que impulsa a las mujeres
Que los cañones arrastran;
La que conduce a los niños
A quitar de las granadas
La espoleta, cuando caen
Como metal catarata,
En aquella Torre Nueva
Que se sostuvo inclinada.

La que en fin, porque mi lira
De cantar glorias se cansa,
Inspiró tal epopeya,
La más grandiosa y bizarra,
Que pudo escribir la historia
En honor de nuestra raza.

—
«—Mírala, esta es la Virgen,
Esta es la Virgen de España—»
Dijo con voz balbuciente
A su hija Pilar la Infanta.

«Mira el legítimo orgullo
De los hijos de mi patria;
Este es el Pilar que evoca,
Este es el Pilar que narra,
El imperio de la fe
Reinando siempre en España;
Mientras que airoso se alce,
Mientras que en ruinas no caiga;
Que así lo han dicho los cielos
Con su divina palabra,
Al Apóstol, que en su ardor
Por los desvíos lloraba;
Al ver que santas doctrinas
Los iberos rechazaban».
«Fe que campea en su historia
Formando gloriosa trama,
De hechos que dieron al pueblo
Que nombró a tu madre Infanta,
Días de poder y lustre;
Y más invictas hazañas
Que gotas lleva en su cauce
El Ebro de claras aguas».

«Esta es la Virgen que dió,
A ciudad zaragozana;
Hombres que fueron leones,
Mujeres cual espartanas,
Para escribir en su historia
Tan noble como gallarda,
De entre todas las más grandes
Aquella célebre página,
Que ante el grito Independencia
Enseñó la lección magna;
De cómo un pueblo sacude
El yugo de gente extraña,
De cómo defiende un trono
Un pueblo que fiel se llama,

De cómo luchan los bravos,
De cómo muere una raza».

«Mírala con las banderas
De la tierra americana,
De aquella tierra que un día
Reparando graves faltas
Inferidas a su madre,
Porque su madre es España,
Pusieron con sus banderas
El grande amor de sus almas,
A la sacrosanta Virgen
Que es la reina soberana,
Del pueblo que de sus tropas
La ha nombrado generala;
Y del amor que profesan
Al nuevamente abrazarla
Con sus enseñas benditas,
Con sus banderas sagradas,
A esta madre que perdona,
Que no recuerda sus faltas,
Cuando ve que la saludan
Como tal a nuestra España,
Desde los remotos mares
Sus hijas americanas».

«Mírala, qué manto viste
De Capitán generala,
Porque si tu primo Alfonso
Al como Rey, tal nombrarla,
Quiso dar un testimonio
De creyente que le ensalza,
Y de un patriota que no
Olvida lo empresa magna,
Que la Santa Virgen hizo
Para restaurar su casa
En el trono que el francés
Con doblez quiso usurparla,
También tu tia Isabel
Como patriota y cristiana,
Le donó ese rico manto
En que aparecen bordadas,
Las insignias tan gloriosas
De Capitán generala».
«Porque el amor al Pilar
No se ha extinguido en mi casa,
Siguen el augusto ejemplo
Que mi hermano les legara,
Al colocar en su mano

Tan dadivosa y sagrada,
El bastón de autoridad,
Como Rey que era de España».

«Por eso mi hija querida,
Por eso mi hija del alma,
Como prueba del amor
Que yo profeso a mi patria,
Para que en mi hogar perdure
Y nunca pueda olvidarla;
Pilar te puse de nombre,
Porque Pilar es España».
«Y cada vez que te llame
Podré decir en voz alta,
Que en los lejanos países
En que situé mi morada
Tengo contigo, hija mía,
Unidas mi fe y mi patria».

«Besa el Pilar sacrosanto,
Riégalo de ardientes lágrimas,
Que beberás en su polvo
Todo lo grande que guarda;
De añoranzas de mi fe,
De añoranzas de mi patria».

«Y tú divina Señora,
Y tú Virgen de mi alma,
Que luces los entorchados
De Capitán generala,
Oye la oración sencilla
De los labios de una Infanta:
Al amparo de tu manto,
Pongo, Señora, mi alma,
Pongo mis hijos queridos,
Pongo con fervientes ansias,
Aquel hogar tan lejano
Que tengo en extraña patria».

.....
.....

Corre nuevo mensajero
De la ciencia que se ensancha,
Corre veloz, y atraviesa
Esos valles y comarcas,
Que ya pasó la frontera
De los países de España,
Que llevas dentro del seno
De tu carroza gallarda,

A una donosa señora
 A la Infanta Teresiana;
 Que siente hondas tristezas,
 Que siente grandes nostalgias,
 Por presto ver a Munich;
 Pues si es verdad que le encanta
 El ver nacer las auroras
 Dorando grandes montañas,
 Y el concierto de las aves
 Cuando saludan al alba,
 Y los crepúsculos ténues
 Que hermosos días levantan,
 Al morir el sol poniente
 Por los cerros y montañas;
 Y los hermosos paisajes,
 Y los bellos panoramas;
 Y los altos que recuerdan
 Las castellanas posadas
 De ventas, que nos describe
 Cervantes, en su obra magna;
 Y la dulce refección
 Que en intimidad tan franca
 Se toma junto a una fuente
 Que susurra con sus aguas.
 Si bien es verdad, que aquesto
 Como se ha dicho la encanta,
 No puede vivir sin algo
 Que le recuerde su patria.
 Por eso suspira ansiosa,
 Por eso siente las ansias
 De presto ver a Munich,
 Puesto que Munich le guarda

(Continuará).

Un hogar, que dentro encierra
 Algo que evoca a su patria.

Corre nuevo mensajero
 De la ciencia que se ensancha,
 Con el taf, taf, que resuena
 Como guerrera balada;
 Casi enterrado en el polvo,
 A vertiginosa marcha,
 Que por ligera y veloz
 Casi a los vientos se iguala.
 Atraviesa las campiñas,
 Atraviesa las comarcas,
 Entre grupos de chiquillos,
 Entre gentes aldeanas.

Y así corriendo y dejando
 Valles, aldeas, montañas,
 Rios, arroyos, vertientes,
 Ventas y humildes posadas,
 Llegan por fin a Munich,
 Y se conmueve su alma
 Cuando al pasar los umbrales
 Del palacio de su casa,
 Dice: «¡Bendito seáis mi Dios!
 ¡Bendita tu madre santa!
 Que nos dió un viaje feliz
 Que al traerme a mi morada,
 Hace que pueda decirte:
 ¡Ya terminó el extranjero
 Porque aquí palpita España!»

Jaime MARISCAL DE GANTE.





CARÁCTER DE SANTA TERESA



EN todo su semblante, escribe el P. Nierenberg, era tan amable y pacible la Santa, que a todas las personas que la miraban era comunmente muy agradable. De los ojos y frente parecía algunas veces que le salían rayos de resplandor y luz, que la hacían respetar a los que la miraban».

El P. Gracián describe así el carácter de su confesada Santa Teresa:

«Tenía hermosísima condición, tan apreciable y agradable, que a todos los que la comunicaban y trataban con ella llevaba tras sí y la amaban y querían; aborreciendo ella las condiciones ásperas y desagradables que suelen tener algunos santos creídos, con que se hacen a sí mismos y a la perfección aborrecibles. Era hermosa en el alma, que la tenía hermoseedada con las diez virtudes heroicas, partes y caminos de la perfección que decíamos».

D. Vicente Lafuente expone así el carácter de la Santa en la página 13 de los *Preliminares* al tomo LIII de la edición de *Autores clásicos*, por Rivadeneira:

«El carácter de Santa Teresa no era melancólico, ni aun siquiera propenso a la tristeza, antes sí jovial y alegre. En tal concepto, hasta se le atribuyen con frecuencia dichos agudos y chistes, algunos de ellos no solamente apócrifos, sino poco adecuados a la gran humildad de su carácter. Los que se encuentran en sus escritos son espontáneos y altamente oportunos: viértelos con la mayor naturalidad y sencillez, no por hacer reír a costa de otro, cosa impropia de su gravedad y caridad profunda, sino porque los consigna la pluma tal cual se presenta a su imaginación inocente, al par que lozana. Estos pasajes se echan de ver en el libro de las *Fundaciones*, y aun

más en las *Cartas*. A veces traza también curiosas descripciones en rasgos sumamente concisos, pero muy oportunos...»

Según otros escritores contemporáneos y biógrafos, era la Santa de genio alegre, jovial y ocurrente. Cuéntase, según ha publicado *La Baronesa del Zurguén*, que pasando por Medina del Campo, en una de sus expediciones con San Juan de la Cruz, los chicos traviosos de la villa decíanles a la monja y al fraile chistes y cosas tales, que alcanzaron a ruborizar al bendito San Juan, y que su compañera serena y risueña, volviéndose a él le dijo: «No se avergüenza la dama y se avergüenza el galán».

Santa Teresa cuando hablaba de San Juan de la Cruz solía llamarle medio fraile, por su pequeña estatura.

Es tradición que, suscitadas ciertas desavenencias por la Princesa de Evoli sobre la fundación del convento para que ésta dió la casa, en un arranque de ligereza, dijo la Princesa a la Santa: «Pues bien, en todo caso la casa es mía y dispongo y mando en ella», a lo que contestó la Santa: «Pues bien, en todo caso usted se quedará con su casa y yo me llevaré las monjas», y en efecto, se las llevó.

De estos hechos relativos al genio o carácter familiar de Teresa, y a la santa independencia de su espíritu elevado y místico, dan testimonio algunos escritores. Muchas anécdotas se refieren de Santa Teresa, en que aparece su gracejo, su imaginación, pero no las creemos autorizadas.

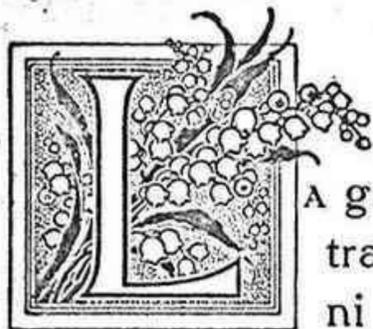
El retrato moral de Santa Teresa se refleja en todas sus obras y en todas sus cartas, especialmente en estas últimas, escritas con esa sublime sencillez y naturalidad, que nacen de su alma, cuyos actos y pensamientos todos eran inspirados por el amor a Dios y dirigidos a su gloria. El mayor elogio que puede hacerse de esas cartas, escritas sin presumir que iban a pasar por todas las censuras, y publicadas y traducidas en todos idiomas; el mayor elogio de esas cartas es que no hay una idea, ni una frase que no sea digna de su santidad. En esas cartas y en todas sus obras está Santa Teresa, como ahora se dice, perfectamente fotografiada por sí misma.

X.





ZURRON DE POBRE



A gente juiciosa extranjera que nos estudia y conoce a través de nuestra historia, no siempre dice tonterías, ni es, por sistema, injusta con nosotros.

Sólido, intensamente erudito y de una fina y honda psicología, recientemente se ha publicado en francés un trabajo histórico-crítico que a mí no se me cae de las manos va ya para dos meses.

Dice—creo yo—cosas muy buenas y hace observaciones bastante exactas el buen Monsieur.

Fernando el Católico, hablando con Guichardón, se lamentaba ya en su tiempo de que España «era una nación muy a propósito para luchar, eso sí; pero tan desordenada, que los soldados eran mejores que los capitanes, y que sabiendo combatir como nadie, eran también imposibles de gobernar e incapaces para el mando». «Mezclada con su sangre—añadía por su cuenta el embajador—y bien clavada en el alma, llevan los españoles la discordia; son espíritus, los suyos, inquietos y muy dados a todo género de violencias».

Ningún pueblo exagera ni eleva a más alto grado el sentimiento del honor. La idea que de él se forma es toda de imaginación; y de ahí toma su intensidad y su estrechez. El español soporta la tiranía, nunca tolera la afrenta o el insulto. Por defender lo que él llama su honor, sacrifica sin vacilar su independencia; pero con tal que su actitud sea arrogante y soberbia y su respuesta sonora, él se da por satisfecho de sí mismo.

Su manera peculiar de lanzarse, a cara descubierta, a los placeres o a los peligros, lo lleva a la insensibilidad del corazón.

Duros para los animales domésticos, duros para los otros hom-

bres, duros para ellos mismos, es precisamente por esta carencia de bondad simpática y social, por lo que los españoles se distinguen de otros pueblos.

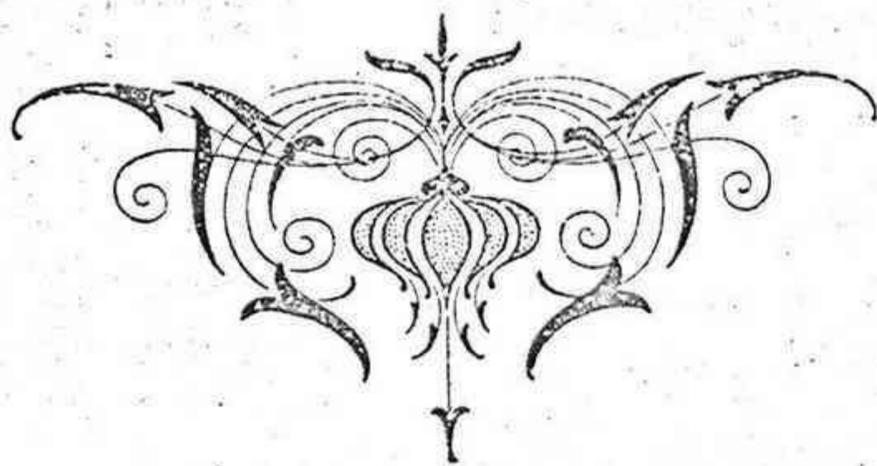
El español desconoce la resistencia metódica, pero pacífica; a la primera amenaza se prepara a defenderse: su manera de afirmar su independencia es la rebelión.

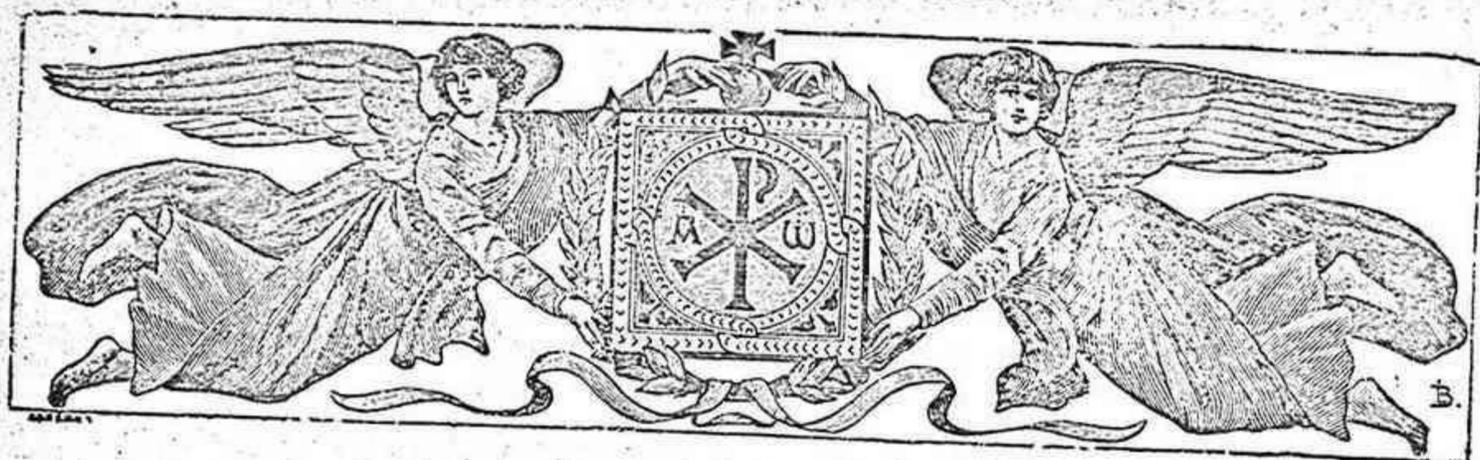
Toda lucha, toda contrariedad, forma un callo en sus cerebros que, con los golpes, se endurece cada vez más.

La forma preferida de la acción es la resistencia pasiva, el encerrarse dentro de sí mismo.

Por difícil que sea hacer obedecer a gentes que todo lo comprenden, siempre lo será mucho más gobernar hombres que no quieren entender nada. Estas macas—¡digo yo!—no se curan ocultándolas, ni zambulléndose perezosos en el baño de la holgazanería, que adormece, que atonta, que...

PEROPULGAR.





PENSAMIENTOS

Cumple con tu deber y te conocerás a tí mismo.

El cumplimiento del deber es el espejo de las almas.

Aprender a dominarse es aprender a vivir.

Vencernos a nosotros mismos. Ese es el gran problema. De ello depende nuestra felicidad y la felicidad de los que nos rodean.

El hombre, que sabe vencerse a sí mismo es héroe con el más envidiable de los heroísmos.

Para juzgar con justicia a los prójimos, es menester que nos coloquemos en su situación. Entonces desaparecen como por encanto las envidias, los odios, los juicios temerarios.

El tiempo es oro, dice un antiguo adagio. En efecto, el valor de un día es incalculable.

No hay amistad sin sacrificio.

Amar es sufrir y el sacrificio purifica el amor.

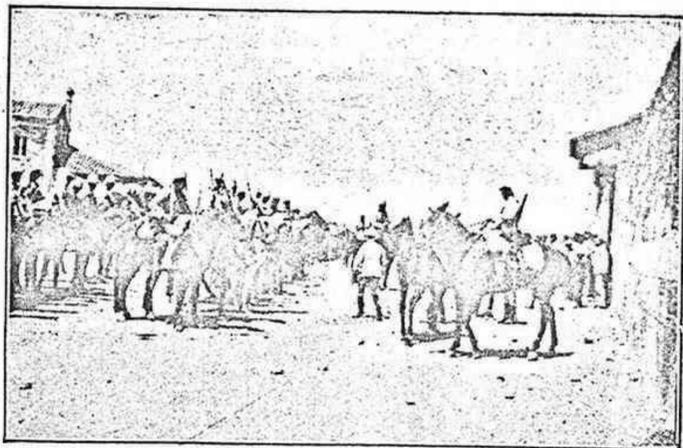
El hombre, que sin tón, ni són abre su corazón a los demás es un pobre tonto.

Hay que visitar el extranjero para apreciar lo bueno que tenemos en casa

Lilit.

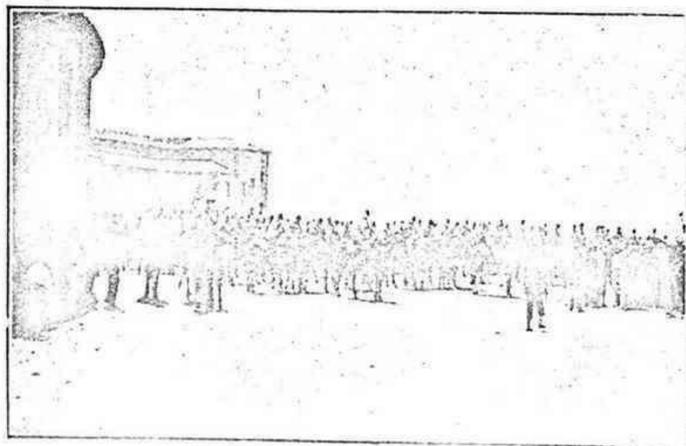


UN ESCUADRÓN DE ALBUERA A AFRICA

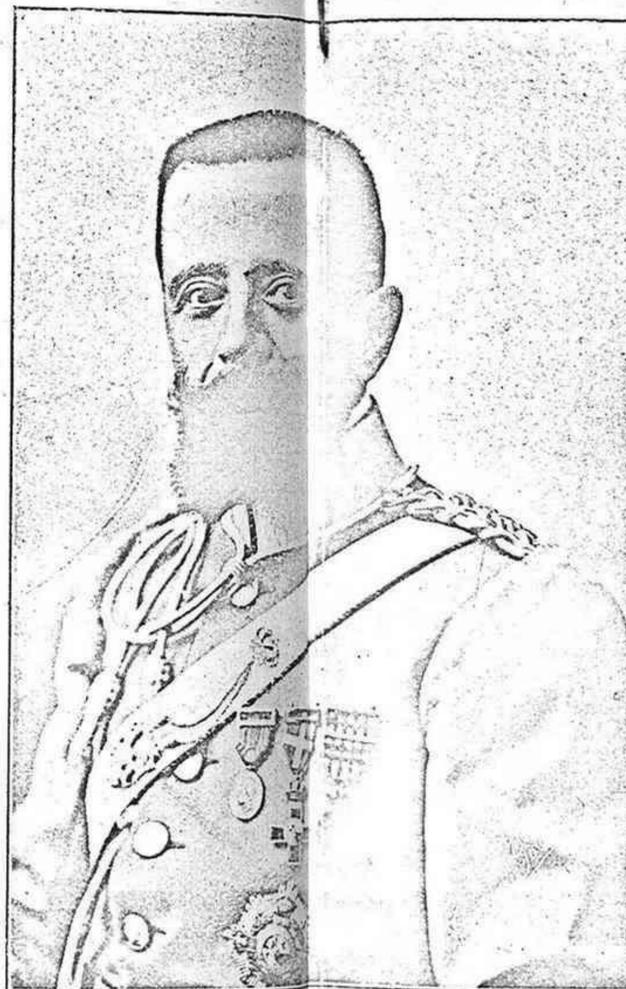


A las puertas del cuartei momentos antes de la partida

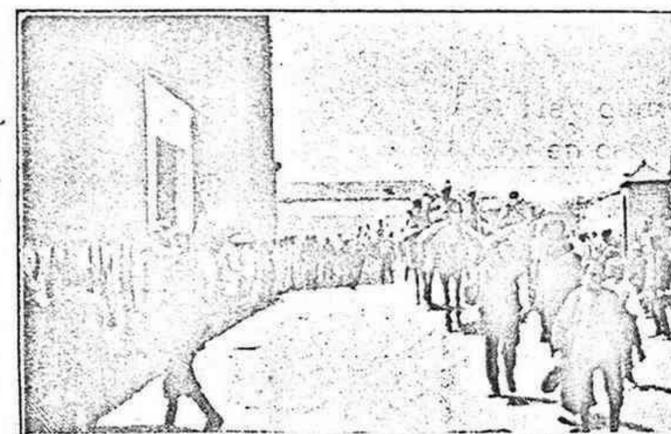
El día 12 del actual salió de Salamanca con dirección a Ceuta un escuadrón del brillante regimiento de Albuera, 16 de caballería; y con tal motivo, la población en masa tributó un grandioso homenaje de cariño y simpatía a la más genuina representación del Ejército que lucha por el honor de la Patria en las vecinas costas africanas.



El capitán Laá arengando a la tropa

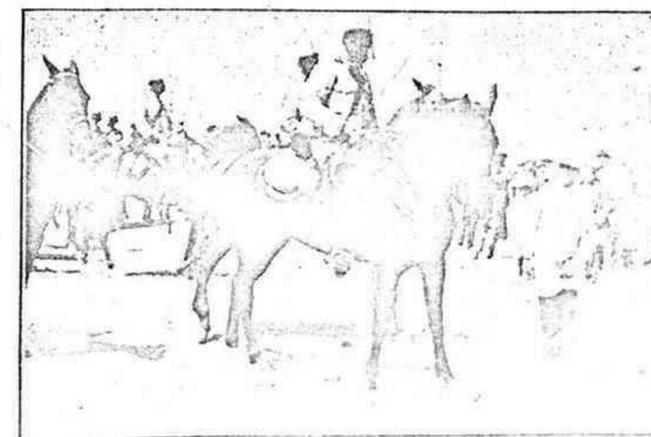


Capitán Laá, jefe del escuadrón



Paso del escuadrón delante del estandarte del regimiento

LA BASÍLICA TERESIANA se honra, publicando en este número algunos momentos de la salida de las tropas para tomar el tren que ha de conducirlos, y el retrato del bizarro jefe que manda el escuadrón; pidiendo a Santa Teresa de Jesús que vele por todos los que allí combaten en defensa de nuestra bandera.



En marcha



SEDIENTO DE DIOS

(Composición leída en la solemne fiesta literaria celebrada en honor de Ozanán
en el Palacio Arzobispal de Valencia)

Sicut cervus desiderat ad fontes...

I

¡Oh fuente de agua viva
Ocultada a la mirada
Avida y penetrante del humano:
Vena de agua furtiva,
Que, mansa y sosegada,
Discurres blandamente por el llano!
Día y noche me afano,
Con esperanza cierta
De hallar tus manantiales,
Y en tus claros raudales
Regeneran mi alma que anda muerta.
¡Con tan sentido acento,
Hablabas un corazón *de Dios sediento*.

Dirigirme pastores,
En esto tan expertos,
En conocer del monte las guaridas:
Sólo oigo tus rumores,
Y mis ojos abiertos
No descubren las aguas escondidas:
Pues mis ansias crecidas
En esto, solamente,
Cifro y todo mi empeño,
Y al regalo del sueño
Renuncio ¡ah triste! por hallar la fuente;
Señaladme el camino
que a ese raudal conduce cristalino.

En los confines nace
 De aquel florido prado,
 Sin vacilar dijeron los pastores.
 El que en los campos paca,
 El que cuida el ganado
 Conoce los secretos de las flores.
 Allí está: los rumores
 De sus gargantas llenas,
 La revelan cercana:
El agua viva mana
 De un corazón que mora entre azucenas.
 Por la cañada arriba
 Sigue y encontrarás el *agua viva*.

La impaciencia me apura:
 La noche apresurada
 Ya cubre el ancho cielo con su manto.
 Entro por la espesura,
 Y el alma fatigada,
 Y el cuerpo llevo con desvelo tanto.
 Un delicioso canto
 Escucho que halagüeño,
 Me regala el oído;
 ¡Sin duda estoy dormido
 Y es visión de los ángeles mi sueño!
 Mas ¿cómo dormir pueda
 Cuando la ardiente sed el sueño veda?

¡Oh inefable riqueza
 De un corazón abierto,
 Que agua y sangre derrama por la herida!
 Esta sí que es grandeza
 Que de un corazón muerto,
 Pueda brotar la fuente de la vida.
 Su amor aquí convida,
 Aquí su amor halaga,
 Aquí, constantemente,
 El agua de esta fuente
 Rebasa el borde de la santa llaga.
 ¡Oh corazón sediento...
 Hallaste del amor el dulce asiento!

Por la arboleda umbría
 La tibia luz resbala...,
 La luz que de las flores es abrigo.
 La luz del nuevo día,
 Que presta al campo gala,
 De mi sueño de amor será testigo.
 Pues yo soñando...

En brazos de mi dueño,
 Y tal mi ser se enciende,
 Que hasta la luz ofende
 La retirada calma de mi sueño.
 ¡Que sólo me despierte
 De este sueño de amor el de la muerte!

II

Del abierto costado
 El alma ya nutrida,
 Aquél que a Cristo hallara entre azucenas,
 Sintióse renovado
 Cual si otra sangre y vida
 Circularan de pronto por sus venas.
 De las férreas cadenas
 Del vicio el estridente
 Sonar, del moribundo
 Las congojas, del mundo
 Los ecos todos, y los oyes siente.
 Y la voz del destino
 De aquel goce le arranca tan divino.

Ozanán ha sentido
 Resonar en su pecho
 La inspiración de Dios, su sueño acaba.
 Inquieto y conmovido,
 Deja tan dulce lecho,
 Donde con Cristo, a su placer soñaba.
 El mundo le llamaba,
 Y allá lejos veía
 Un lecho sin abrigo,
 Y un infeliz mendigo,
 Que sin pan ni consuelo en él moría.
 ¡Dormir no quiere, cuando
 La miseria y el mal están velando!

La viuda sin amparo,
 Y el niño desvalido,
 Dios al cuidado de Ozanán entrega.
 «Ve, le dice —y sé el faro
 Del corazón perdido,
 Que entre las olas del sufrir se anega.
 A quien la suerte ciega
 Y el hambre martiriza
 Has de tender tu mano,
 Has de ser tierno hermano
 Del triste que en tus brazos agoniza,

Y tu espíritu fuerte
No ha de temblar un punto ante la muerte.

—
No midas la amargura
Que ante tu paso brota,
Y abrasadoras lágrimas derrama.
Piensa que en noche oscura,
En esa mar ignota,
Desventurado náufrago te llama.
Y si mi amor te inflama,
No sentirás desvío,
Ni sufrirás enojos,
Mientras miren tus ojos
La grandeza sin fin del amor mío.
Cópíame de tal suerte,
Que, juzgue verme el desgraciado, al verte.

—
Del pecho soberano
De Cristo agonizante
Se dilata la roja y ancha herida.
Mete Ozanán su mano,
Y el corazón amante
De Cristo toca, fuente de la vida.
La víscera partida,
Con crecientes anhelos,
Extrae del costado
De Cristo traspasado,
En medio del asombro de los cielos:
Cristo robar se *deja*,
Exhalando de amor profunda queja.

—
Hacia el hogar desnudo,
Hacia el hogar desierto
De pan y luz y abrigo y esperanza,
Donde el dolor sañudo
Consume al cuerpo yerto
Y al alma sola el desaliento alcanza,
Allá Ozanán se lanza
Al despertar el día:
La pobreza le invita,
Y él al pobre visita,
Del corazón de Cristo en compañía;
Y la mísera estancia
Queda bañada de inmortal fragancia.

—
Si del alma que gime
Una sonrisa pura
Entre los labios abrasados brota.
Si el alma se redime,

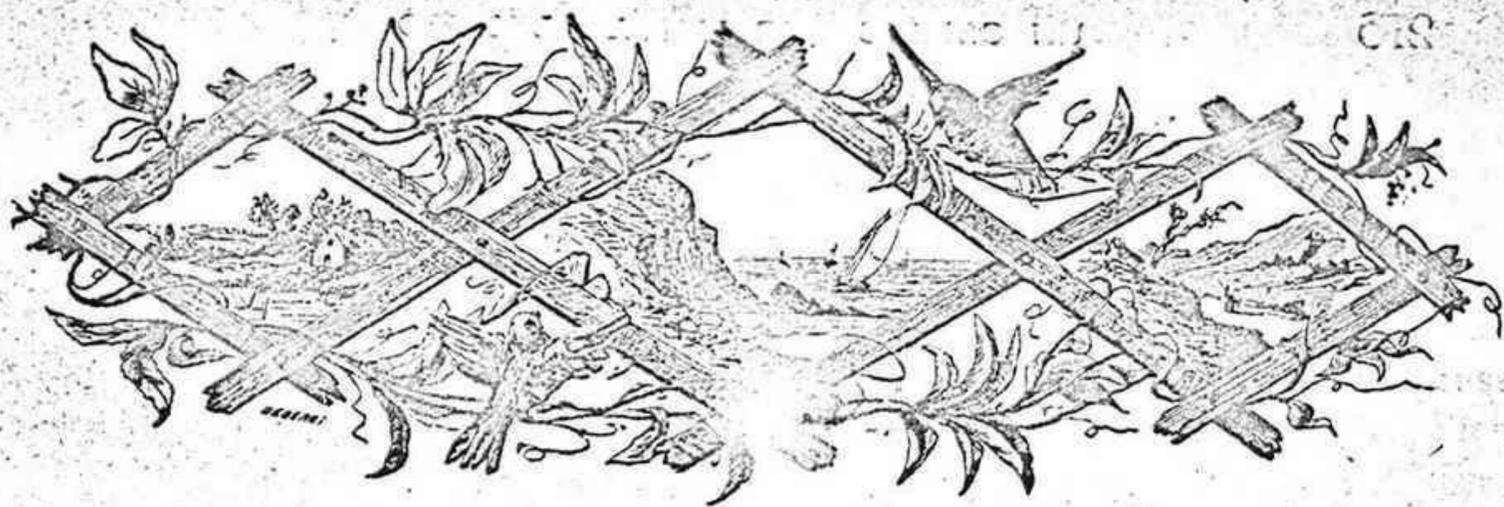
SEDIENTO DE DIOS

Con la propia amargura
Que la corriente de la vida agota,
Es, cuando gota a gota,
Esa sangre divina
Del Redentor del mundo,
Penetra en lo profundo
Del corazón cual santa medicina
La esperanza florece
Con ese riego que el Señor le ofrece.

—
¡Consuelo inesperado!...
¡Pan tierno y delicioso!...
¡Santas limosnas que sus manos dieron!
Los duelos que ha colmado
El héroe generoso,
¿En la presencia del Señor qué fueron?
Palmas que florecieron
En la luz esplendente
De su inmortal memoria,
Y rosas de la gloria,
Que eternamente ceñirán su frente.
¡Quien ansíe su palma,
Que copie de Ozanán aliento y alma.

Pedro GIL,
Canónigo Magistral.





CUENTOS ALEMANES

UN CAMINO QUE LLEVA AL CIELO



ERA un día espléndido de primavera, radiante, creador, como los que sonríen a los hombres en los países del sol. El cielo era de un azul intenso; ni una nube empañaba el espacio infinito; el sol brillaba que daba gusto. Un geranio sacó de la tierra su cabeza. El geranio crecía pegado al muro blanco de un frondoso jardín, nido de placeres y alegrías de un hombre rico y opulento.

Al otro lado del muro pasaba una carretera ancha y polvorienta. Por ella cruzaban a todas las horas del día, en verano como en invierno, humanas criaturas con la huella de la fatiga en sus frentes. Hombres, mujeres, niños, unos llevaban sobre sus cabezas el peso de su pearsa, otros cargaban sobre su espalda, o arrastraban carros de mano, grandes y pesados; algunos caminaban con la frente inclinada hacia la tierra; no se podía distinguir la carga que los abrumaba; la llevaban debajo de la ropa, que cubría sus carnes, pegada al corazón. Hacía mucho calor y mucho polvo en aquel camino. Deslumbraban los rayos del sol al caer sobre los muros blancos del jardín, el polvo se masticaba; cegaba los ojos y hacía rechinar los dientes.

En el jardín frondoso del rico no molestaba el polvo, ni el calor. Todo era allí ameno y perfumado. Los árboles empujaban su copa hacia el cielo, la brisa mecía dulcemente sus hojas. Las flores se abrían frescas y lozanas. Esbeltas palmeras, dándose importancia,

extendían graciosamente sus ramas de abanico; los cipreses, dignos y severos, caminaban hacia el cielo. Las rosas, queriendo subir también, trepaban enroscándose en los troncos de las palmeras y de los castaños.

El geranio continuaba pegado a la pared. Era tan pequeño, que la arrogante palmera, que crecía a su lado, tenía que inclinar sus ramas más bajas para verlo y saludarlo al venir el día.

«Anda, anda, dijo un día la palmera al geranio. Con que vas a florecer; eso es mucha ambición; llegarás, llegarás muy lejos». La palmera admiraba el color y la forma de las hojas del geranio. Eres una plantita que prometes, le dijo como final de su alabanza.

El geranio siguió creciendo y eran sus hojas tan hermosas, que llamaron la atención de los árboles del jardín, que contemplaban con gusto aquella plantita que tanto prometía. «Si logras caer en buenas manos, le dijo otro día la palmera, llegarás a ser algo importante. Yo te aconsejo que cuando hayas crecido algo más, te agarres a mi tronco para poder subir».



—¿Hasta dónde podré llegar?, preguntó con timidez el geranio.

—Pues hasta donde todos queremos llegar, le replicó la palmera.

En este jardín somos todos plantas nobilísimas y caminamos todos hacia el cielo. Mira mi talle y contempla la gallardía y esbeltez de este ciprés, nuestro vecino.

El geranio calló, pero desde aquel día hacía esfuerzos supremos para crecer y subir y llegar también al cielo. En las templadas noches del estío soñaba con el paraíso. Todo lo que de bueno había en la tierra venía del cielo y allí volvía.

En el cielo moraba el ángel que encendía las luminarias de la noche, la luna y las estrellas, y por las mañanas pintaba en sus rosados dedos las ráfagas rojas del Oriente, que despertaban el sol. En el cielo vivía también el ángel que mojaba sus alas en el mar y las sacudía luego en las alturas sobre la tierra para refrescarla con las gotas del rocío. El ángel bienhechor, cuando notaba que los campos y los jardines se morían de sed, se apresuraba con otros angelitos a verter sobre la madre tierra, en forma de lluvia, el agua fecundante de sus ánforas de oro. ¡Ah! llegar al cielo—eso es todo—pensaba el geranio.

Pasó el tiempo y fué creciendo hasta hacerse tan grande, que pudo trepar por el muro y ver lo que pasaba en la calle ancha y polvorienta. Más de una vez le había picado la curiosidad de saber lo que había allí fuera. En cierta ocasión se lo había preguntado a la palmera, que le había respondido a regañadientes y de mal humor: «¿Allí fuera? Nada de hermoso y bello; polvo, miseria y lodo, cuando llueve».

Ahora ya podía observar con sus propios ojos el mundo de la calle. Asomó su cabecita por encima del muro. Qué triste espectáculo. Cosas y objetos polvorientos y sucios, hombres arrastrando fatigosamente la carga de su trabajo, mujeres que llevaban fardos abrumadores sobre su cabeza, niños desgredados, medio desnudos, jugando en la calle, perros hambrientos, que buscaban un hueso. Lo que más le admiró fué un pobre viejo que estaba durante el día pegado a la pared, sin apenas moverse, porque le faltaba una pierna. Era el pobre Lázaro. Cada vez que el geranio asomaba su cabe-



za recibía una bocanada de aire viciado, que le hacía volver la cara; repuesto de aquella impresión desagradable, volvía a mirar; el recuerdo de los hombres macilentos, de aquellas mujeres agobiadas



por el peso del trabajo, de aquellos niños abandonados y sucios, no le dejaban descansar.

—Qué es lo que ves por encima del muro, le preguntó en cierta ocasión la palmera. Más te valdría dirigir hacia mí tus miradas, trepar por mi tronco y subir conmigo a las alturas,

—¿Crees que ese es el camino?, contestó el geranio.

—Sabes; a mí me preocupan esos hombres que veo pasar por el camino llenos de polvo. Nuestro jardín es tan grande y tan hermoso, tenemos más campo y más aire del que necesitamos; ¿por qué no pueden entrar en él los pobres?

—¿Entrar en este jardín, aquí donde no hay más que seres limpios y nobles? ¿No notas la distancia que media entre ellos y nosotros? Yo no puedo respirar en el polvo y ellos no pudieran vivir en este ambiente. Cada cosa para lo que es.

El geranio no contestó. Continuaba con sus ojos y con sus pensamientos fijos en la calle. Al día siguiente preguntó al ciprés:

—Dime, ¿qué razón puede haber para que no entren en nuestro jardín los que caminan por esa calle polvorienta? Desearía saber tu opinión. Te veo siempre tan serio y pensativo que te tengo por filósofo. El ciprés reflexionó un momento y con gravedad le dijo:

—Amiguito geranio, se ve que eres todavía muy joven; en realidad no debía contestarte; lo hago porque veo que tienes un buen corazón. Sábette que Dios es muy providencial en sus obras y sabe bien lo que se hace. A cada árbol le da la tierra que necesita y a cada criatura la pone en su puesto. A nosotros nos ha colocado aquí; otros seres hay que van arrastrando sus miserias por los caminos. No te quiebres demasiado la cabeza. Si te metes en el peligro perecerás en él. Nosotros llegamos al cielo respirando este ambiente y enseñando a los de abajo la manera de fijar la vista en las alturas y llegar al cielo.

—Sin embargo, contestó el geranio, los hombres que empujan los carros y las mujeres que llevan esos fardos a las espaldas, tienen que mirar por fuerza a la tierra.

El sesudo ciprés no se dignó replicar y el geranio bajó la cabeza, triste y pensativo. Entonces preguntó a la rosa, y la rosa le contestó:

—¿Cómo se puede disparatar de esa manera? Se me figura que estás un poco desequilibrado; si continúas con esa tontería tendrás que marcharte de nuestro jardín.

A la caída de la tarde vino a posarse en el geranio una mariposita de color de terciopelo.

—Mariposita aterciopelada—le dijo—tú has recorrido mucho mundo, ¿puedes explicarme por qué está aquí este muro y la razón que puede haber para que no entren en el jardín las gentes de la calle?...

—Qué loco eres, murmuró la mariposa. ¿Quién te ha metido a ti en esas filosofías? Eres joven y simpático; alégrate de tu hermosa

vida. La meditación envejece antes de tiempo. Goza todo lo que puedas y déjate de tonterías—dijo—y haciendo maravillosos equilibrios la mariposita extendió sus alas y desapareció.

Todos afirmaban unánimemente que el geranio andaba por caminos extraviados.

Eso le preocupaba mucho; aquella noche, metido dentro de sí mismo, la pasó en serias meditaciones. A punto estuvo de seguir los consejos que le habían dado; pero cuando al día siguiente volvió a brillar abrasador el sol del mediodía, no pudo resistir a la tentación de asomar su cabecita por encima del muro. Vió de nuevo a los hombres que, agobiados por la fatiga, se detenían un momento para limpiarse el sudor; a las pobres obreras, de frente arrugada, cansadas, sudorosas, llenas de polvo; al infeliz tullido, que se apretaba contra la pared para resguardarse de los rayos del sol... y ya no pudo más. En un esfuerzo supremo pasó su verde brazo a otro lado del muro y allí se quedó agarrado con toda su fuerza. Continuó creciendo, creciendo, y sus ramas iban bajando, una tras otra, pegadas al muro. Sentía ansias infinitas de acercarse a la miseria. No se explicaba la razón de lo que hacía, lo hacía inconscientemente, sin darse cuenta, por sentimiento, llevado por el corazón, que le arrastraba al mundo de los oprimidos.

Los transeuntes miraron a la atrevida planta, que voluntariamente se escapaba del jardín frondoso. Los hombres y las mujeres que pasaban por el camino, arrastrando su pesada carga, se detenían un momento para dirigirle una mirada de asombro y de cariño; los chiquillos gateaban y saltaban para cogerla; el pobre tullido se sentía mejor contemplando las hojas verdes de su compañera. Ya tenía algo hermoso a su lado que le daba alegría, que no tenía miedo de su enfermedad y miseria. Cada mañana saludaba sonriente al geranio amigo y al venir la noche se despedía de él pensando en el día siguiente.

Los árboles del jardín rompieron su amistad con el geranio.

—Se ha vuelto ordinario, se decían los unos a los otros.

—Se ha apartado del buen camino, murmuraba la palmera

—Con los consejos que yo le dí, decía el ciprés, conmigo hubiera logrado subir al cielo, ahora, por tanto, tendrá que arrastrarse por el polvo.

—Está demostrando tener malísimo gusto, exclamaba la rosa.

Todos murmuraban. El geranio no daba oídos a sus palabras, aunque a las veces le apenaban los desprecios. Día hubo en que hasta se sintió cansado y se preguntó: ¿Si tendrá razón el ciprés?

Estó sucedía en aquellas horas en que el sol caía sobre el muro, cálido y abrasador, como si quisiera quemar vivas a las plantas y el polvo del camino cubriera sus hojas. Entonces se sentía atacado por tristeza mortal. Pero esos días y esas horas pasaban y por la tarde venía volando un ángel de dulzura que con sus alas limpiaba el polvo de sus hojas; el mismo ángel que por la noche mojaba sus alas en el mar y las sacudía sobre la tierra para refrescarla con gotas de rocío. Entonces volvía el valor y seguía creciendo, acercándose al camino polvoriento, pero ya con cierto temor y recelándose. Hubo ocasión en la que hasta llegó a sentir la nostalgia del jardín y de la hermosura de la vida, que había abandonado. En el mundo que iba buscando no había más que miseria y fealdad y él pertenecía al mundo de la belleza. ¿No sería mejor volverme atrás? se preguntó en cierta ocasión. Pero en aquel momento fijó de nuevo su mirada en los abandonados obreros, hombres y mujeres, en los niños haraposos, en el infeliz tullido, que no conocían ni la felicidad ni la alegría y comprendió que no podía abandonarlos, aunque para ello tuviera que renunciar a los encantos de su vida. Le era más sobroso derramar sus dones sobre los necesitados que aprovecharlos para sí mismo; era preferible sufrir con ellos que contemplarlos desde las alturas de su encantado jardín. Cuando el geranio andaba metido en estas filosofías, tan verdaderas y tan profundas, brotó su primera flor de un rojo intenso como si estuviese empapada en sangre de corazón. El pobre Lázaro la contemplaba con alegría y tuvo cuidado de que los chicos no la cortaran. El geranio y su flor formaban su única alegría y su único tesoro.

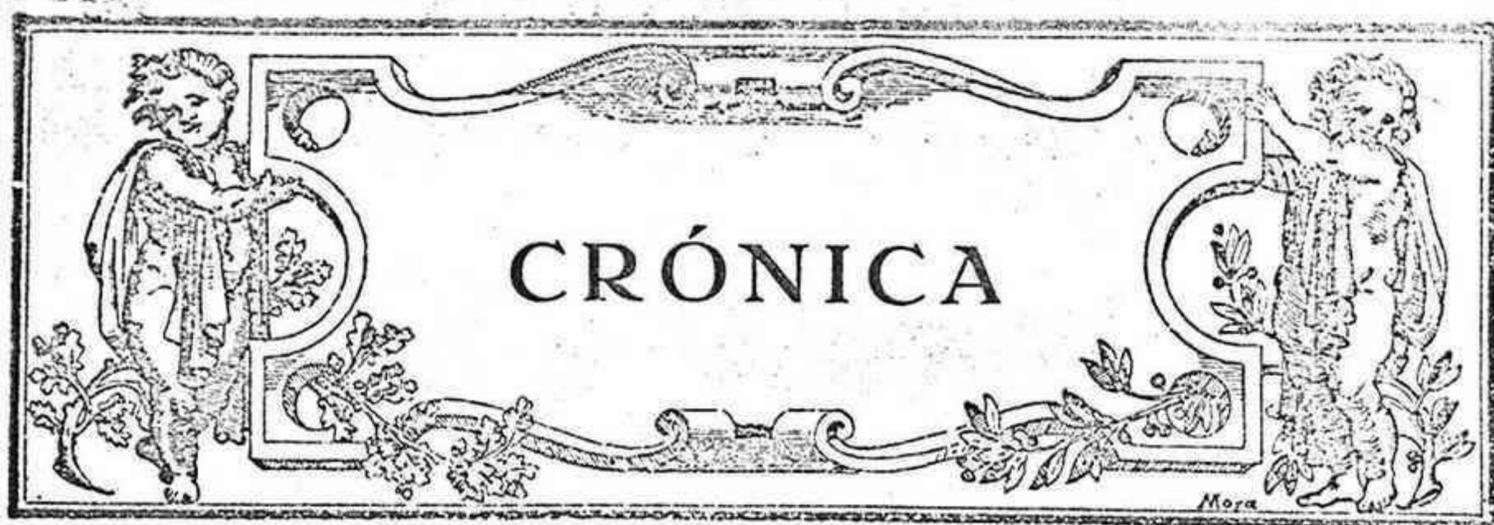
Al anochecer, cuando un caritativo vecino del pobre tullido vino a buscarlo, miró la flor, la cortó y la puso en las manos de Lázaro. Como reliquia de santo la guardó en su seno y con ella marchó contento camino de su humilde vivienda.

Aquella noche Lázaro murió y los ángeles se lo llevaron al seno de Abrahan; la flor del geranio penetró con él en el jardín del paraíso, que es tan hermoso, que los sabios más famosos no alcanzan a describirlo.

En aquel edén sigue fresco y lozano, floreciendo eternamente. Un día miró a su alrededor en aquel mundo de esplendores y de delicias para ver si encontraba a alguno de los árboles que junto a él habían crecido en el ameno jardín del rico opulento.

Ni uno de ellos había llegado todavía al cielo.

Por la traducción,
Gonzalo SANZ.



Favores obtenidos por mediación de Santa Teresa.—Respira tanta ingenuidad y vivo agradecimiento la siguiente carta; es tan firme el convencimiento y tan vehementes las ansias que siente la persona que nos escribe de que se publiquen las gracias obtenidas por intercesión de Santa Teresa de Jesús, que hemos querido trasladarla íntegra a nuestras columnas, respetando en todo la frescura y el candor que palpita en estos escritos ardorosamente espontáneos y de tan exquisita ternura.

Dice así:

«Serma. Sra. Directora de la Revista LA BASÍLICA TERESIANA:

Muy Sra. mía y de mi mayor consideración: Deseando para más gloria de Dios y de mi Madre Santa Teresa de Jesús, dar a conocer los grandes favores obtenidos por la Santa, en los apuros que me he encontrado, escribo a V. A. los siguientes renglones:

En Septiembre del 1911 se lastimó mi marido una pierna al subir un montón de arena, los médicos decían que iba para largo, toda su curación duraría años; yo me encomendé a la Santa el día primero de su novena del 1912 y el día segundo, no le quise vendar la pierna, parecía que una voz interior me lo decía, y con asombro vimos que ni le dolía y hasta la fecha no se ha vuelto a quejar más.

También me encomendé en otro apuro por estar mi marido con un dolor en el pecho que de vez en cuando le daba, y lo dejaba sin saber dónde estar; llevaba así cinco años, se lo pedí de corazón y quedó curado, y no le ha vuelto a repetir más.

También padecía desde hace nueve años unos mareos que siempre tenía que ir cogido a mí y daba pena ver a un Señor casi en la flor de su vida sufrir tanto y al no tener mejoría hubiese perdido su carrera.

Yo desde esa fecha siempre me encomendaba a todos los Santos, a la Virgen del Carmen, a Nuestro Señor; todo en balde, nadie me escuchaba. Me encomendé el día 24 de Mayo último por estar ese día bastante mal a mi Santa Madre y le ofrecí si le quitaba los mareos, como le quitó lo de la pierna y el pecho, una libra de aceite y un exvoto de plata y dar a conocer su favor. ¡Qué alegría! se fué aliviando por momentos, por la tarde ya estaba bien; hasta la fecha no le ha vuelto a repetir más.

Dios Nuestro Señor quiere que su hija muy amada Santa Teresa de Jesús sea la encargada de conceder los favores que le pido.

Suplico que estos milagros debidos a Santa Teresa se publiquen en esa revista de su digna dirección.

Suya afma. en el Señor, *Josefa Trini B. de Martín.*

Los soldados de España.—No deja de ser consolador en extremo, lo que escribe uno de nuestros PP. Misioneros de la ciudad de Tetuán. Dice que casi todos nuestros jefes, oficiales y soldados que han tenido que salir al campo de batalla, fueron antes a confesarse, y muchos de ellos a pedir a los misioneros les impusiesen el escapulario de la Santísima Virgen del Carmen.

¡Bien por el ejército que así se porta con el Dios de las batallas!

Por lo que se refiere a los soldados que salieron de Salamanca, y de cuyo hecho damos cuenta en otro lugar de esta Revista, todos llevaban escapularios del Carmen, que les fueron regalados a la hora de partir el tren, por una comisión de señoritas que con tal objeto fueron a la estación y a despedir a los cazadores de Albuera.

~ ~ ~

Pastoral del Arzobispo de Sevilla acerca de las Bibliotecas circulantes.—El ilustre Prelado de Sevilla ha publicado una notable Pastoral sobre dichas Bibliotecas.

He aquí uno de los párrafos de ella:

«Pero lo que urge remediar, y sobre lo que encarecemos la mayor vigilancia posible, es evitar la ruina de las almas con la lectura de obras que están condenadas por la Iglesia. La Dirección de primera enseñanza ha enviado ya a todas las provincias de España colecciones de libros que pone a disposición de niños y de adultos para difundir la cultura y la instrucción de todas las clases de la sociedad. Nadie como la Iglesia ha procurado, en todas las épocas de la Historia, la ilustración y la educación del pueblo, pero dentro de los límites de la Doctrina católica, que no es, como dicen, la que pone trabas a la inteligencia, sino la que enseña la verdad, que vivifica y condena el error que mata y destruye. Y como nos consta que en las Bibliotecas circulantes hay obras condenadas por la Iglesia, que figuran en el índice de los libros prohibidos, deber nuestro es advertir a nuestros amados diocesanos que antes de hacer uso de los libros que la Biblioteca ofrece, procuren consultar a sus confesores o párrocos las obras que en conciencia pueden leer».

